

misma noche se traslade en posta á Estrasburgo. Viajará con un nombre supuesto.

«El objeto de su mision es dirigirse á Ettenheim, cercar la ciudad y arrebatár al duque de Enghien, Dumouriez y un coronel inglés. El general de division de Estrasburgo, el cuártel-maestre, que ha ido á reconocer á Ettenheim y el comisario de policia, le darán todas las noticias necesarias. Hará salir de Schelestadt trescientos dragones del regimiento núm. 26 que se trasladarán á Rheinan en posta. Además de la barca deben procurar que haya allí cinco barcos capaces de poder pasar en sola una noche los trescientos caballos. La tropa tomará pan para cuatro dias y se proveerá de cartuchos. Además se les agregarán treinta gendarmes.

«En cuanto el general Ordener haya pasado el Rhin se dirigirá directamente á Ettenheim, á la casa del duque y á la de Dumouriez. Después de su expedicion regresará á Estrasburgo.»

Bonaparte dictó aquí las instrucciones mas minuciosas con respecto á las medidas que debia tomar el general Ordener para que no se le escapase su presa, y para llevarla con seguridad y secretamente á Paris; luego se ocupó de Caulaincourt.

XLIII.

«Dareis orden escribió al ministro de la Guerra, para que el mismo dia, á la misma hora, doscientos hombres del regimiento núm. 26 de dragones, se dirijan á Offembourg á las órdenes del general Caulaincourt para cercar la ciudad y arrebatár á la baronesa de Reisch y á otros agentes del gobierno inglés.

«Desde Offembourg el general Caulaincourt dirigirá patrullas hacia Ettenheim, hasta que sepa que el general

Ordener ha conseguido su objeto. Ambos se prestarán auxilios mútuos.

«Al mismo tiempo, el general que manda en Estrasburgo, hará pasar el Rhin á trescientos hombres de caballeria, y cuatro piezas de artilleria lijera ocuparán el espacio que media entre los dos caminos de Offembourg y Ettenheim.

«El general Caulaincourt, llevará treinta gendarmes. El general de la division, el general Ordener y el de igual clase Caulaincourt celebrarán un consejo.» De este modo las dos expediciones eran simultáneas, y estaban combinadas de manera, que cada uno de los generales encargados de ejecutarlas tenia conocimiento de la expedicion de su colega y le auxiliaba en caso de necesidad.

Escritas aquellas instrucciones llegó Ordener. Bonaparte hizo que le leyesen las instrucciones generales, á fin de que se penetrase bien del sentido de su mision, luego le entregó cartas para el general Laval de la division de Estrasburgo, un pasaporte con nombre supuesto y una libranza de doce mil francos contra su tesorero. La carta para el general Laval, no era mas que la repeticion mas esplicita de las instrucciones que acababan de leerse. Insistia en el consejo que deberian celebrar juntos los tres generales para combinar mejor la expedicion á la vez diversa y comun. El general Ordener, decia aquella carta, está prevenido de que el general Caulaincourt debe partir con él para obrar por su lado. He entregado, añadía Bonaparte, doce mil francos para los dos

XLIV.

Ordener partió en la misma noche del 10 al 11 de marzo, llegó á Estrasburgo el 12. En cuanto llegó se

avistó con el general Laval, el coronel de gendarmes Charlot y el comisario de policía. Resolvieron hacer preceder la expedición nocturna por un escrupuloso reconocimiento del sitio. Un agente de policía llamado Stahl y un sargento de gendarmería llamado Pfersdoff, naturales ambos de la orilla alemana del Rhin y conocedores de los caminos y de las costumbres partieron al instante, anduvieron toda la noche y llegaron á las ocho de la mañana á Ettenheim.

Dieron vueltas con una indiferencia afectada, pero que encubría mal su curiosidad, alrededor de la casa del príncipe para enterarse bien de las avenidas. Su rostro desconocido de los criados del duque, sus pasos sin objeto y sus miradas escudriñadoras infundieron sospechas. El ayuda de cámara del príncipe escondido detras de un balcon observó aquellos dos estrangeros que daban vuelta á las tapias y que examinaban con detencion el sitio. Llamó á otro de los criados de la casa nombrado Cannoné para comunicarle sus temores. Este era un antiguo soldado compañero del príncipe desde su infancia, que habia combatido con él en todas sus campañas y que le habia salvado la vida en Polonia resguardándole con su cuerpo y su sable. Creyó haber visto en alguna parte á Pfersdoff y reconocer en él un gendarme disfrazado. Cannoné corrió á advertir al príncipe la presencia sospechosa de aquellos dos observadores, y las conjeturas que formaba sobre la fisonomía de uno de ellos. El príncipe, con la indiferencia de su edad, despreció aquellos síntomas de espionaje. Sin embargo, un oficial de su ejército llamado Schmidt estaba en aquel momento á su lado, salió, se acercó á Stahl y Pfersdoff, les preguntó sin afectacion y aparentando seguir el mismo camino que ellos, los acompañó por espacio de mas de una legua, pero viendo en fin que tomaban un camino que se internaba en Alemania en vez de seguir el del Rhin, se tranquilizó y volvió á tranquilizar á los criados de Ettenheim.

Pero el amor no se tranquiliza tan fácilmente como la amistad. Sabedora la princesa Carlota de Rohan de la aparición de aquellos hombres junto á la casa del príncipe, concibió presentimientos, le suplicó que no despreciase aquellos indicios, y se alejase por algunos dias de una mansion en que tan ostensible y criminalmente era espionado. Por amor hácia ella, mas bien que por temor, el duque consintió en ausentarse dos ó tres dias. Se convino en que partiria al dia siguiente á una cacería distante en los bosques del gran duque de Baden, durante la cual se disiparian ó confirmarían las sospechas de la querida. Pero aquel dia siguiente no debia amanecer en Alemania para él

XLV.

Caulaincourt partió de París algunas horas despues que Ordener y llegó á Estrasburgo el 14 de marzo. No se sabe lo que pasó entre Ordener, Laval y él, como ni tampoco si se celebró el consejo prevenido en las instrucciones del primer cónsul. Sea como quiera todas las disposiciones relativas á la mision separada de los dos generales se cumplieron con la simultaneidad y exactitud de medidas administrativas ó militares que debian asegurar su ejecucion. La noche del 14 el general Ordener acompañado del general Fririon, jefe de estado mayor, del general Laval, y del coronel de gendarmes Charlot, se dirigió hacia la barca de Rheinán sobre el Rhin. Allí encontró á la hora prefijada los trescientos dragones del 26, los quince pontoneros, los cinco barcos, y en fin los treinta gendarmes á caballo destinados á allanar el domicilio y á prender á las personas en una expedición, menos de soldados que de lictores. Atravesaron el Rhin en silencio en medio de la noche. La columna que no se percibió durante el sueño de los aldeanos alemanes de la orilla de-

recha, guiada por diversos caminos llegó á Etténheim al rayar el día. Los espías que Ordener y Charlot habían llevado consigo enseñaron con el dedo á los gendarmes las casas que debían embestir. El coronel Charlot hizo cercar primero, la en que se suponía que habitaba Dumouriez y que ocupaba efectivamente el general emigrado Thomery; luego corrió con otro destacamento de tropas á cercar y á asaltar la casa en que se hallaba designada la principal presa en París. Ordener con sus dragones formó un cordón de caballería alrededor de la población, para que ninguna evasión ni resistencia pudiese defraudar la venganza del primer cónsul.

XLVI.

El duque de Enghien que había pasado la noche en casa del príncipe de Rohan Rochefort al lado de la princesa Carlota, y que la había prometido ausentarse algunos días para dar tiempo á que se desvaneciesen ó aclarasen los complots que temía contra su seguridad, se preparaba á cumplirla su promesa. Iba á marchar en cuanto saliese el sol, para aquella cacería de algunos días acompañado de su amigo el coronel Grunstein. Ya se había levantado, se estaba vistiendo y preparaba sus armas. Grunstein, contra su costumbre, se había acostado en casa del príncipe para hallarse mas pronto á escoltarle. Aquel compañero de sus guerras y de sus cacerías se hallaba también á medio vestir, cuando el ruido de los caballos, la vista de los dragones y de los gendarmes dispersaron á todos los de la casa.

Ferón, el criado mas allegado al príncipe entró en la alcoba de su amo y le anunció que el patio y el jardín estaban cercados como todas las salidas por soldados franceses, y que el comandante intimaba en alta voz á los

criados que abriesen las puertas, declarando que en caso de negativa, las haría romper á hachazos. «Pues bien; es preciso defendernos,» exclamó levantándose á medio vestir el intrépido jóven. Al decir estas palabras se arrojó sobre su escopeta de dos cañones, cargados ya con bala para la caza, mientras que su criado Cannone animado de la misma resolución le alargaba un fusil. Frunstein también armado entró en la habitacion y los tres se dirigieron hacia los balcones para hacer fuego. El príncipe apuntaba al coronel Charlot, que amenazaba la puerta y al cual iba á dejar tendido en el umbral, cuando diviso Grunstein por todas partes una multitud de cascos y de sables, y que otro destacamento de gendarmes se había ya hecho dueño de una de las salas del palacio, puso la mano sobre el cañon del fusil del príncipe, levantó el arma y mostrando con un gesto al duque de Enghien lo inútil de la resistencia contra semejante masa le impidió tirar. «Monseñor, le dijo, ¿estais comprometido! —No, contestó el duque.—Pues entonces, no intenteis una lucha imposible: estamos rodeados de tropas, mirad por todas partes las bayonetas.»

XLVII.

Al oír aquellas palabras el príncipe, volviéndose para contestar, vió á Pfersdoff, á quien reconoció por el espía de la antevíspera, que se precipitaba en la habitacion con carabina en mano. El coronel Charlot los seguía, y sus soldados prendieron y desarmaron al príncipe, Grunstein, Ferón y Cannone. El duque, pronto á marchar como ya hemos visto y perdido únicamente por algunos minutos, vestía un traje de cazador tirolés, llevaba en la cabeza una gorra con galon de oro y su calzado eran unas botas de gamuza. Su varonil hermosura y la intrépida

espresion de sus facciones, redoblada por la emociion de la sorpresa y por la resolucioion de la lucha asombraban á los soldados. En medio del tumulto de semejante escena y del ruido de los pasos y de las armas en la casa, un ruido de lo exterior vino á infundir por un instante esperanzas al príncipe y á sus criados. Gritos de fuego salian de la aldea, y repitiéndose de casa en casa como una señaal de alarma de voces humanas, se abrieron las ventanas y las puertas se cubrieron de habitantes despertados por la invasioion de los franceses; viéronse correr á los artesanos medio desnudos, volar al campanario para tocar las campanas y llamar á los paisanos á la venganza. El coronel Charlot los hizo prender; arrestó igualmente al montero mayor del duque de Baden, que al oír el ruido se dirigia á la casa del príncipe. Charlot le dijo que todo aquello era cosa convenida entre el primer cónsul y su soberano. Al oír aquella mentira se calmó la agitacion de los habitantes, se resignaron con la tristeza pintada en el semblante y con gestos de desesperacion, con la desgracia de un jóven que se habia hecho adorar de ellos.

XLVIII.

Aquellos gritos salian de los habitantes de la casa, en donde la gendarmería habia buscado á Dumouriez y no habia encontrado mas que al general Thomery, ayudante de campo del príncipe. El coronel Charlot, convencido del error producido por una conformidad de nombres, fué á preguntar á los patrones de Mr. de Thomery si el general Dumouriez habia en efecto ido al pais en cualquier época, y fué unánimemente desengañado. Dumouriez era desconocido á todo el mundo como tambien al mismo príncipe, cuyo cómplice se le suponía en la orilla alemana del Rhin.

Charlot volvió á entrar en el palacio con Mr. Thomery. Arrestó igualmente al caballero Jacques, secretario del príncipe, aunque la órden no hacia mencioion de él. Se apoderó de cuantos papeles encontró en las habitaciones, los empaquetó y selló, y envió á advertir al general Ordener que todo estaba concluido, y que ya no habia mas que quitar á los dragones de sus puestos de observacion alrededor de Ettenheim, y formar la columna para volver á pasar el Rhin.

XLIX.

Arrancaron al príncipe de su domicilio, sin permitirle despedirse de la que quedaba anegada en llanto. Mientras que Ordener replegaba y reunía sus dragones, colocaron al duque de Enghien y á sus compañeros de prision á algunos pasos de la aldea, en un molino llamado la Tejería, por detrás del cual corria un riachuelo profundo, ancho y rápido. El caballero Jacques, secretario del duque, se habia resguardado varias veces de la lluvia en aquel molino: se acordó de que una puerta de la habitacion en donde estaban los presos mezclados con los gendarmes daba á la esclusa del molino, que separaba la casa de una pradera y un bosque inmediatos. Con una mirada llamó á su lado á su amo, é inclinándose sin afectacion á su oído: «Abrid esa puerta, le dijo en voz baja, atravesad el torrente, quitad el tablon, yo obstruiré la puerta con mi cuerpo mientras huis, y estais salvo.»

El príncipe se fué en efecto aproximando insensiblemente hácia la puerta, dirigió con viveza la mano al picaporte, y la empujó hácia el lado en que sonaba el ruido de la piedra y del agua. Pero ¡oh disposicioion de la Providencia!... El hijo del molinero, asustado al ver entrar los soldados en casa de su padre, habia huido un momento antes por aquella puerta, y temeroso de que los

gendarmes le persiguiesen, habia corrido el cerrojo. Advertido por el movimiento del principe, el comandante mandó colocar allí dos centinelas.

L.

Sentóse entonces tristemente el duque en la choza, pidió que se le permitiera enviar uno de sus criados al palacio para buscar su perro, y traerle vestidos y ropa blanca. Se accedió á su peticion, y se autorizó á los criados que no quisiesen seguirle para que regresasen libremente á Ettenheim. Todos suplicaron á los gendarmes que les permitiesen participar de la suerte de su amo, fuese cual fuese. Charlot y Ordener, impacientes por volver á pasar el Rhin con su presa, antes que informado el país del rapto se conmoviese y sublevase, no dieron tiempo á los criados de Ettenheim para que proporcionasen un carruage al principe. Colocaron al duque de Enghien y sus dos oficiales en una carreta rodeada de un peloton de gendarmes, y les hicieron adelantarse á los dragones que al galope los alcanzarian en el camino. Durante el tránsito, los amigos del preso observaron señales de inteligencia en la fisonomía de uno de los oficiales de su escolta. Creyeron comprender que les indicaba la travesía del Rhin en barco, como una ocasion de fuga, arrojándose al río. Pero faltaron oportunidad y audacia á aquel amigo desconocido.

LI.

Cuando llegaron al río colocaron al duque de Enghien en el barco que ocupaba el general Ordener. Informado el principe por uno de los pasajeros, que aquel ge-

neral era el gefe de la espedicion, trató de entablar conversacion con él para saber los motivos de su rapto. Hasta le recordó, para interesar la lealtad del soldado por la conformidad de la profesion de las armas, que habian combatido uno contra otro, en tiempo en que Ordener no era todavía mas que coronel del décimo regimiento de cazadores á caballo. El general, embarazado con una situacion tan diferente, ó temeroso de enternecerse con semejantes recuerdos, afectó no acordarse de aquella circunstancia, y cortó la conversacion con el silencio.

LII.

El general, al saltar del barco dejó al principe encargado á la custodia del coronel Charlot y marchó solo á Estrasburgo, en donde anunció él mismo al general Laval y al prefecto, el buen resultado de la espedicion. El duque de Enghien le siguió á pie en medio de los gendarmes, como un criminal vulgar que aguarda el carcelero. Se detuvo á almorzar en la aldea de Plosheim; durante el desayuno llevaron un carruage preparado al efecto de antemano. El coronel Charlot y el sargento Pfersdoff, los dos genios maléficos del duque, uno el ojo, y otro la mano de su pérdida, subieron con él, y le llevaron rápidamente á Estrasburgo.

El principe trató en el camino de continuar la conversacion que habia interrumpido el silencio de Ordener, y trató de descubrir los motivos de su rapto. El coronel Charlot le contestó, que en su concepto, el primer cónsul veía en él un cómplice de las tramas de Georges, Pichegrú y Moreau: «¡Qué odiosa suposicion! exclamó el principe, ¡cuán contrarios son semejantes complots á mi modo de obrar y de pensar! Nadie aborrece mas esa clase de medios. Admiro personalmente el genio y la gloria del

general Bonaparte, aunque en mi calidad de príncipe de la casa de Borbon, mi deber y mi honor sean el combatirle con armas leales.

«¿Qué creéis que quieren hacer de mí? añadió dirigiéndose al coronel de gendarmería. Si me destinan á la prision, prefiero mil veces una muerte pronta; y recordando al coronel que habia estado á punto de hacerle fuego cuando sus soldados iban á prenderle. Si fuese condenado á un largo cautiverio, dijo, sentiria no haberme defendido, y no haber decidido mi suerte con las armas en la mano.» La conversacion recayó despues sobre Dumouriez, y habiendo preguntado el oficial á su prisionero si era cierto que hubiese tenido ó debido tener relaciones con aquel general: «Jamás ha puesto Dumouriez los pies en Eltenheim, dijo el príncipe. Como la Inglaterra debia de un momento á otro dirigirme comunicaciones, seria posible que el gobierno británico hubiese elegido á Dumouriez, para traérmelas sin noticia mia. Pero en ese caso yo no le habria admitido, por ser inferior á mi rango, y porque no tengo carácter para entenderme con esa gente.»

LIII.

El coronel Charlot llegó á las cinco de la tarde con su prisionero á Estrasburgo. Mientras órdenes superiores decidian el destino que debia darse al príncipe, y se le preparaba una habitacion en la ciudadela, colocó al duque de Enghien en su propio alojamiento. El duque, aprovechando un momento en que estaba solo con su huésped, aventuró algunas palabras propias para inspirarle el pensamiento de favorecer su evasion. Charlot fingió no comprenderlas y cerró su corazon y sus oidos á las súplicas del príncipe. Un instante despues paró á la puerta un co-

che de alquiler, y el duque de Enghien fué conducido á la ciudadela.

Caulaincourt y Ordener, de regreso en Estrasburgo, dieron parte al ministro de la Guerra y de Negocios Estrasgeros, de las circunstancias y resultado de sus operaciones. Caulaincourt, en cuanto supo que el duque de Enghien estaba preso, dirigió al gran duque de Baden la tardía peticion de estradicion que le habia remitido Mr. de Talleyrand para que la violacion del territorio de aquel príncipe, pareciese únicamente efecto de la precipitacion, y no una premeditacion de hostilidad y desprecio á la Alemania.

LIV.

El duque de Enghien entró á las siete de la noche en la ciudadela. Un diario de sus actos y de sus pensamientos que llevaba puntualmente aquel jóven, que se le encontró en el momento de su muerte, y que aunque luego fué inutilizado, quedó, sin embargo, copiado por los depositarios, refiere desde aquel instante hora por hora, los secretos de su prision. El mayor, Mechin, comandante de la ciudadela, le recibió, dice, con las consideraciones debidas á la desgracia y al rango. Era, añade, un militar de formas decentes y suaves. Como el mayor no habia tenido tiempo para preparar al duque un alojamiento conveniente, le ofreció su propio salon, é hizo tender colchones en el suelo para su prisionero y su comitiva. El preso, abrumado con el cansancio y con las emociones del dia, eseribió algunas líneas en su diario, y en seguida se tendió vestido en una de aquellas camas. Su amigo Grunstein se colocó en el colchon mas inmediato, y preocupado siempre con el temor de que la acusacion no encontrase algun fundamento en los papeles ocupados en Ettenheim, preguntó en voz baja al príncipe si no habia

nada en aquellos papeles de que pudiesen prevalerse contra él. «No, le contestó en voz alta el preso, esos papeles no contienen mas que lo que todo el mundo sabe acerca de mi nombre y de mi situacion. Acreditan que me he batido bien hace ocho años, y que estoy pronto á batirme todavía. No creo que quieran mi muerte. Me encerrarán en alguna fortaleza como un rehen. Mucho trabajo me costará acostumbrarme á esa vida.»

LV.

El sueño interrumpió aquella conversacion y aquellos pensamientos. Durmió con la tranquilidad de la juventud y la seguridad del valor. Al día siguiente 16 de marzo al salir el sol, el comandante fué á saber de su prisionero, y á conversar con él. El príncipe protestó de nuevo que era enteramente extraño á toda conjuracion contra la vida del primer cónsul, y que proyectos de aquella clase habian horrorizado siempre á su conciencia y á su honor. «Soldados de mi sangre, dijo, se baten, pero no asesinan.» El comandante, que parecia regocijarse con la inocencia de su jóven cautivo, le aseguró que no dudaba, si era asi, que su prisionero fuese únicamente de algunos días.

Alentado el duque de Enghien por la bondad de aquel oficial, y pensando en la inquietud que debia tener por su suerte la jóven de que era amado, solicitó del comandante Mechin permiso de escribir á la princesa Carlota de Roban á Ettenheim. El mayor le contestó que no podia prometerle dirigir la carta por sí mismo, pero que la entregaria á su jefe el general Laval, comandante de la division, y que si la carta no contenia mas que noticias de su viage, y espresiones de afecto, no dudaba que el general la haria llegar á su destino. Con esta esperanza, el príncipe escribió una larga carta, en que se desahogaba

y contenia á la vez con palabras encubiertas, y por temor á miradas enemigas ó indiferentes, la secreta ternura que rebosaba su corazon y que le ocupaba desde su rapto, mas que el temor de su propia suerte.

LVII.

EN LA CIUDAD DE ESTRASBURGO.

Viernes 16 de marzo de 1804.

«Me prometen que esta carta os será fielmente entregada. Hasta este momento no he podido obtener el permiso de tranquilizaros acerca de mi suerte. No pierdo un momento en hacerlo, suplicándoos que tranquiliceis á cuantos me aprecien de los que os rodean. Temo que esta no es encuentre en Ettenheim, y os hayais puesto en camino para venir aqui. La felicidad que experimentaríais al veros, no igualaria con mucho al temor de hacerós participar de mi suerte. Conservadme vuestra amistad y vuestro interés. Puede serme muy útil, porque os será fácil interesar en mi desgracia á personas de suposicion. He pensado que tal vez habriais ya partido. Por el buen baron de Ischertlzheim habreis sabido la manera con que he sido arrebatado, y habeis podido juzgar por la mucha gente que para ello se ha empleado que hubiera sido inútil toda resistencia: no se puede nada contra la fuerza. He sido conducido por Rheinán y el camino del Rhin. Me guardan consideracion y atenciones: puedo decir que escepto la libertad, por que no se me permite salir de mi habitacion, estoy tan bien como es posible. Todos estos caballeros se han acostado conmigo porque asi lo he deseado: ocupamos una parte de la habitacion del comandante, y me están preparando otra en la que estaré

mañana y estaré mucho mejor. Hoy por la mañana deben examinarse á presencia mia, los papeles que me fueron ocupados y sellados con mi sello. Segun lo que he visto, encontrarán cartas de mis padres, del rey, y algunas copias de las mias. Todo esto, como ya sabéis, no puede comprometerme mas de lo que mi nombre y mi modo de pensar han podido hacerlo durante la revolucion. Creo que todo se enviará á Paris, y me aseguran, que segun lo que digo, estaré libre dentro de poco tiempo. ¡Dios lo quiera!... Buscaban á Dumouriez que suponian entre nosotros. Sin duda creian que habiamos tenido conferencias, y se halla complicado en la conjuracion contra la vida del primer cónsul. Mi ignorancia de todo esto me hace esperar que podré obtener mi libertad, mas sin embargo, no nos hagamos todavía ilusiones. Si algunos de estos caballeros quedan libres antes que yo, tendré un gran placer en enviároslos, hasta que logre otro mayor. La abnegacion de mis gentes, me hace con frecuencia derramar lágrimas: podian librarse, no los obligaban á seguirme, pero lo han querido. Tengo á Ferón, José, y Poulaix: el buen Mylof no me ha abandonado un paso. Todavía no he visto esta mañana mas que al comandante, hombre que me parece honrado y compasivo, al mismo tiempo que rígido en el cumplimiento de sus deberes. Espero al coronel de la gendarmería que me ha prendido y que debe abrir mis papeles á presencia mia. Os suplico encargueis al baron cuide de la conservacion de mis efectos: si debo permanecer mas tiempo enviaré á pedir mas de los que tengo: espero tambien que los patrones de estos caballeros, tendrán tambien cuidado de los suyos. El pobre abate Wembern y Miguel, son de nuestra conscripción y han venido con nosotros. Os suplico hagais presentes mis respetos á vuestro padre. Si obtengo uno de estos dias enviar uno de mis criados, lo cual deseo mucho y solicitaré, os comunicará todos los pormenores de nuestra triste situacion. Es necesario esperar. Si sois

bastante bondadosa para venir á verme, no vengais hasta despues de haber estado, como deciais, en Carlsruhe. ¡Ay!... ademas de vuestros negocios y de las insoportables dilaciones que acarrean, ahora tendreis tambien que hablar de los mios: el elector habrá tomado sin duda interés, pero os suplico que no por eso olvideis los vuestros.

«Adios, princesa, ya hace largo tiempo que conoeces mi tierno y sincero cariño: libre ó prisionero, siempre será el mismo.

«¿Habeis participado nuestra desgracia á madama de Ecquevilly?»

FIRMADO: L. A. II. DE BORBON.

LVII.

El príncipe entregó aquella carta abierta al comandante. Pocos instantes despues, el general Laval, comandante de la division, entró con el general Fririon, su jefe de estado mayor. Este, que habia concurrido al raptó de Ettenheim, fué reconocido por el prisionero. Anunciaron al duque que le preparaban otro alojamiento en la ciudadela. La conversacion fué corta y mesurada: el frio semblante de los generales impidió al príncipe hablarles de la carta que acababa de escribir, y que tanto deseaba hacer llegar al corazon que le amaba.

Se le condujo con sus compañeros á la parte de la ciudadela que acababan de destinarle. Su nueva habitacion comunicaba con la de Mrs. de Thomery, Jacques y Schmidt. Separaron á Grunstein, su amigo particular, cuya energía y empresas parecian temer mas. Fué alojado en otra ala del edificio diferente á la en que habitaba el prisionero.

El coronel Charlot y el comisario general de policia,

reconocieron sus papeles, los clasificaron y los enviaron á París con un correo extraordinario. Si solo se hubieran leído aquellos testimonios de su vida, y si se hubiese buscado su inocencia la habrían encontrado allí. Después de aquella operacion quedó solo y escribió en su diario:

«Tendré que aburrirme aquí semanas y tal vez meses. Mi pesar se aumenta á medida que reflexiono sobre esta cruel situacion. Si dura esto mucho, creo que la desesperacion se apoderará de mí!... ¡Son las once!... Me acuesto, pero estoy agitado y no podré dormir. El mayor Mechin ha venido á verme despues de estar acostado, y procura consolarme con palabras tiernas.»

Viernes 16 de marzo.

«.....He bajado á casa del comandante: por la noche me acuesto en su salon en unos colchones en el suelo. Los gendarmes ocupan la antesala. Hay dos centinelas en la habitacion..... uno á la puerta..... He dormido mal.

«Van á mudarme de habitacion: tendré que pagar la comida y probablemente la lumbre y la luz. Los generales Laval y Fririon vienen á verme: su saludo es frio. He sido trasladado á otro pabellon, á la derecha segun se viene de la ciudad: puedo comunicarme con Thome-ry, Jacques y Schmidt, pero ni yo ni mis gentes podemos salir. Sin embargo, me aseguran que me permitirán pasear por un jardinito que hay en un patio á espaldas de mi pabellon. A mi puerta hay una guardia de doce hombres y un oficial. Despues de comer me separan de Grunstein á quien han dado una habitacion sola al otro lado del patio. Esta separacion aumenta mi desgracia... Esta mañana he escrito á la princesa, y por medio del comandante he enviado una carta al general Laval. No he tenido contestacion: le pedia me permitiese enviar uno

de mis criados á Ettenheim: sin duda me lo negarán todo. Son por todos lados estremadas las precauciones para que no pueda hablar con nadie. Si dura mucho, me voy á desesperar. A las cuatro y media vienen á registrar mis papeles, los leen superficialmente y luego forman legajos separados. Segun tengo entendido serán remitidos á París... Será necesario aguardar semanas y tal vez meses... Quanto mas reflexiono en mi situacion mas se aumenta mi pesar...» El 17 de marzo escribió en cuanto se levantó: durmiendo y despierto siempre le ocupaba un mismo pensamiento, el de la que le seguia con el corazon desde Ettenheim.

«No sé nada de mi carta... Tiemblo por la salud de la princesa, una palabra de mi mano la devolveria la calma. ¡Cuán desgraciado soy!... Acaban de hacerme firmar el proceso verbal de la apertura de mis papeles... Pido y obtengo añadir á ellos una nota, que prueba que jamás he tenido otra intencion que servir y hacer lealmente la guerra.

Aquella nota, referida despues por los que la leyeron decia, que jamás habia entrado, y era verdad, en ningun complot contra la vida de Bonaparte: que adoraba á la Francia y que admiraba el genio del primer cónsul, que no podia creer se le imputase como un crimen á él, príncipe que habia salido de Francia á los catorce años con su abuelo y su padre, y que no conocia mas que los deberes de hijo, de nieto, de soldado y de miembro de la familia de los Borbones, el haber sostenido con las armas en lamano, los derechos de su raza y de su sangre.

LVIII.

Mientras el príncipe escribía aquellas nobles líneas, el comisario de policia Popp, que acababa de abrir sus

papeles, pedia al gobierno grados y ascensos para Charlot y Pfersdoff en recompensa del celo que habian manifestado en aquel atentado, exagerando los peligros que habian corrido, por el fuego que el duque de Enghien les hacia cuando forzaban su puerta en Ettenheim.

El general Ordener por su parte escribia al primer cónsul. «Os remito el proceso verbal y los papeles del duque de Enghien. Segun se vayan reconociendo los de los demas individuos, los enviará el general Caulaincourt. Aunque mi mision está cumplida, aguardaré vuestras órdenes para mi regreso á Paris...»

Satisfecho el príncipe al saber que sus papeles, que no contenian indicios de ningun crimen, le precedian en su marcha á Paris, escribió el 17 por la noche en su diario. «Esta noche me han prometido que recibiré permiso para pasearme por el jardin, y aun por el patio, con el oficial de guardia y mis compañeros de infortunio, y he sabido que mis papeles han sido enviados á Paris por un correo extraordinario. He cenado y me acuesto muy contento.»

Mientras su corazon se abria de este modo á la confianza, el telégrafo de Paris respondia al de Estrasburgo que habia anunciado á Bonaparte el buen resultado del raptó. Un correo extraordinario que habia salido de las Tullerías, mandaba á los generales Laval y Caulaincourt, que hiciesen salir inmediatamente en posta al principal prisionero para Paris, y que los demas fuesen dirigidos sucesivamente en los carruages públicos.

LIX.

El ejecutor de aquella orden, el coronel Charlot, se presentó á media noche en la ciudadela con una silla de posta. Despertado el soñoliento príncipe á la una de la

mañana, fué arrastrado solo al carruage; como era consiguiente se alarmó de una marcha tan repentina, cuyo objeto no se le indicaba. Durante la jornada, apuntó en sus notas.

Domingo 18 de marzo.

«A la una de la madrugada han venido á sacarme de la cama. No me han dado mas tiempo que el indispensable para vestirme. He abrazado á mis desgraciados compañeros y á mis criados. Marcho solo con dos oficiales de gendarmeria y dos gendarmes. El coronel Charlot me ha dicho que vamos á casa del general de division Laval, que ha recibido órdenes de Paris. Mas allá en la plaza de la iglesia, he encontrado un carruage de posta con seis caballos. Me han obligado á entrar en él: el teniente *Peterman*, ha subido á mi lado, el cuartelmaestre *Blitendoff*, en el pescante, dos gendarmes dentro y otro fuera.»

No conocia la Francia, ignoraba el nombre de las puertas de Estrasburgo, y la direccion de los caminos por que le llevaban. Sus guardas eran muchos. Por la mañana, el teniente *Peterman* le anuncia por fin que se dirigen á Paris. Entonces tuvo un acceso de alegría: «¡Ah! dijo al teniente, no dudo que el primer cónsul quiere verme: un cuarto de hora de conversacion con él lo desvanecerá todo completamente.» Muchas veces le ocurrió esa idea. Estaba tan inocente de los crímenes que le atribuan que no dudaba que el sentimiento de su incompatibilidad se comunicase al instante á todo el que leyese en su alma: por otra parte, jóven, amante y soldado, suponía en todo el mundo la generosidad de que se encontraba poseido. Sus miradas se fijaban con placer en el camino: parecia que no podia saciarse con la vista de su patria. Su reconocimiento hácia *Peterman* era tan vivo, que se sacó del dedo una de las sortijas, y rogó á su

guarda que la conservase en recuerdo de aquel viage. Peterman no se atrevió á contristarle rehusándola.

Escortado el carruage de parada en parada, por gendarmes al galope corriendo día y noche, llegó el 20 de marzo á las tres de la tarde á las puertas de París cerca de la barrera de la Villette. Por temor de alguna conmocion en la ciudad á vista de aquel carruage escoltado y misterioso, se dirigió á los baluartes desiertos que circuyen esteriormente á París, y luego por la calle de Sevres le condujeron por el arrabal de San German al palacio del ministerio de Negocios estrangeros, que entonces estaba situado en el palacio Galefoi, en la esquina de la calle de Bac y de la de Grenelle. Abrieron la puertecilla y el prisionero iba á saltar al patio cuando una contra-orden le detuvo en el estribo. Hiciéronle entrar en el carruage, cerraron la portezuela, y mandaron al postillon que no desenganchase los caballos y que esperase órdenes que habian ido á buscar no se sabe donde. Sin duda Mr. de Tayllerand fué él mismo á las Tuillerías á anunciar la llegada del prisionero y á recibir aquellas órdenes, porque paró á la puerta del palacio un coche, y salió conduciendo alguno que habia bajado por la escalera. Despues de media hora de esperar en silencio, los postillones que habian permanecido á caballo recibieron orden de dirigirse por los baluartes esteriores á Vincennes. El carruage que ya era esperado, atravesó el puente levadizo de la fortaleza y se detuvo en el patio á las puertas del gefe de batallon Harel, comandante de Vincennes.

LX.

El comandante Harel, antiguo sargento de los guardias franceses, protegido de los jacobinos, que le habian ascendido, destituido en el 18 brumario por el primer

cónsul, descontento del gobierno consular, incitado con este motivo por los conspiradores Cerachi, Arena y Derville, cuyas insinuaciones habia despreciado y denunciado sus proyectos, habia recibido como una repacion el mando de aquella prision de estado.

El primer cónsul previendo el drama de que iba á ser teatro Vincennes, quiso enterarse por si mismo de las seguridad de las paredes y de los carceleros. Una nota escrita por su orden á Harel, el 16 de marzo, en cuanto se supo en París el rapto de Ettenheim con las dos palabras al margen *urgente y reservado*, le pedia un estado de las habitaciones, de las tropas, de los obreros, de los habitantes libres del palacio y hasta de los criados, con noticias exactas de cada uno de ellos. Real escribió además á Harel el día 20: «El duque de Enghien llegará esta noche, y el primer cónsul ha mandado que su nombre y cuanto le pertenece permanezca secreto... En fin, el mismo día, pocos instantes despues. Real en otra instruccion decia á Harel: «Un individuo, cuyo nombre no debe ser conocido, será conducido á ese castillo... la intencion del gobierno es que no se le haga ninguna pregunta acerca de su persona ni de los motivos de su prision; vos mismo debeis ignorar quien es... Solo vos debeis hablar con él y no le dejareis ver á nadie. Es probable llegue esta noche.»

LXI.

Apenas acababa Harel de leer aquel pliego cuando el carruage que no se esperaba hasta la noche, habiéndose anticipado por su rapidez á la hora de la oscuridad que se deseaba para que no fuese advertida su entrada en Vincennes, se detuvo á la puerta del alojamiento de Harel. Bajó el príncipe transido de frio con

el viento y la lluvia. Harel, compadecido al verle temblar, le invitó á subir á su cuarto donde se calentaría en la chimenea. «Con mucho gusto, dijo el príncipe dándole las gracias, veré con placer la lumbre, y tomaré también algun alimento porque no he comido en todo el día. Una pobre religiosa que educaba á los hijos de madama Harel y que vivía fuera del castillo, bajaba la escalera del comandante cuando éste la subía seguido de su prisionero. Oyó el diálogo y se apartó á un lado para dejar pasar al jóven. Estaba pálido, dice, y parecía muy cansado, su estatura era elevada y su aire noble y distinguido: vestía un largo redingot de uniforme de paño azul, y en la cabeza llevaba una gorra de paño con doble galon de oro.

Harel dejó al príncipe calentarse á la chimenea: uno de sus antiguos camaradas de guardias francesas nombrado Aufort, y que mandaba entonces la brigada de gendarmería de Vincennes era amigo íntimo de Harel. Entrevió al príncipe, ayudó á Harel á prepararle el alojamiento, y fué á una hostería de la aldea á pedir la cena para el prisionero. Concluidos aquellos preparativos y reanimado el príncipe por la lumbre del hogar del comandante, Harel le condujo á su alojamiento definitivo que era un cuarto del pabellon llamado pabellon del Rey. Allí habian llevado apresuradamente lumbre, algunos muebles, una cama, una mesa y sillas. Las paredes lisas y algunos vidrios rotos por las golondrinas de las torres, atesiguaban la precipitacion de un mueblage que no habia habido tiempo para concluir.

LXII.

El príncipe, tratado con finura y bondad por Harel, no pareció de modo alguno triste ni dominado de pre-

sentimientos al establecerse en su habitacion, antes bien se manifestó sereno y casi alegre. Conversó con el comandante con todo juicio: le dijo que en su infancia, poco tiempo antes de la revolucion, habia estado con su abuelo el príncipe de Condé á visitar el castillo de Vincennes: que entonces no pensaba que algun dia seria del número de aquellos pobres prisioneros á quienes tanto compadecia, y que aun le parecia acordarse de aquel cuarto, y reconocerle como una de las habitaciones que habia recorrido: mirando luego por las ventanas las copas de las encinas y los caminos que se pierden en el bosque que rodea la fortaleza, admiró tan hermoso sitio. Habló de su pasion por la caza, y dijo que si durante su cautiverio se le permitia cazar por aquellos bosques daba su palabra de honor de no escaparse. Por lo demas, no parecia preocupado por el resultado de su raptó, y repitió á Harel lo que habia dicho á Peterman: «Esta prision no puede durar mas que algunos dias, solo el tiempo necesario para reconocer un error y mi inocencia.»

LXIII.

Durante aquellas conversaciones mas bien de un viagero que descansa, que de un prisionero que gime, un jóven llamado Turquin, que servía en la hostería de Vincennes, llevó la cena pedida por Aufort. El príncipe se acercó á la mesa é iba á sentarse, cuando viendo sobre el mantel unos cubiertos de estaño sucio en vez de ser de plata, espermentó una repugnancia involuntaria, y sin hacer ninguna observacion se volvió hácia la ventana y comenzó á dar paseos á lo largo y á lo ancho sin mirar la cena. Harel lo notó y se apresuró á enviar á su cuarto, por su propio cubierto. Entonces se sentó el duque y pareció recobrar el apetito. Su perro, que habia tenido

á sus pies ó á su lado durante todo el camino colocó la cabeza sobre sus rodillas. Dió al pobre animal una parte de la cena que habia sobre la mesa, y mirando á Harel: «Presumo, le dijo, que no hay indiscrecion en que dé una parte de mi comida á mi perro.»

Concluida la cena, el príncipe escribió una carta á la princesa Carlota, y la guardó en su bolsillo por cualquiera acontecimiento.

Luego se acostó y durmió con un profundo sueño, como un hombre que tiene seguridad de despertar, y que confia tener muy feliz el dia siguiente.

LIBRO DOCE.

Napoleon en la Malmaison.—Sus preparativos para la muerte del duque de Enghien.—Interrogatorio del duque de Enghien.—Su juicio.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Llegada de la princesa Carlota á Paris.—Juicio de la conducta de Napoleon.

I.

Pero no dormian en el palacio de la Malmaison, en donde el primer cónsul, para recogerse en sus pensamientos, en los ratos de ocio y para gozar de las primeras delicias de la primavera se habia retirado ya hacia ocho dias. Aquellos dias y aquellas noches, todo se volvia agitacion, cólera, consejos, órdenes espeditas á los generales y ministros revocadas por otras, vigiliias, idas y venidas de correos y de confidentes de Paris á aquel retiro y de aquel retiro á Paris. Era evidente que alli se fraguaban resoluciones trágicas y una precaucion de estado, un terror á la Europa, una advertencia superior á los numerosos conspiradores, una venganza, tal vez un crimen y bien pronto un remordimiento.

En aquella mansion fué en donde parecia aguardar un acontecimiento desconocido á todos, que recibió por el telégrafo el 15 de marzo por la noche, la noticia de